

Ser docente es más que ser enseñante

El tema central de este número de REDU es el de la tutoría, entendida como el conjunto de dispositivos que la institución universitaria debe establecer como sistema de orientación y apoyo a sus estudiantes. Todavía permanece en la mentalidad de algunos docentes una visión darwiniana y selectiva de la universidad concebida como estructura de filtrado que solo los estudiantes de más probada capacidad habrían de poder superar. Esa visión, afortunadamente, va quedando desplazada por unas políticas de Educación Superior más amables y equitativas.

Un Rector español solía repetir que “la universidad no puede dar al estudiante nada que él no sea capaz de lograr por sí mismo”. Idea bastante en consonancia con el dicho latino de “*quod natura non dat salmantica non praestat*”, algo así como “no esperes que la universidad te pueda dar nada que no poseas ya”, en elevado grado, por naturaleza: capacidades, creatividad, inteligencia. La consecuencia más obvia de tal afirmación es que no resulta tan importante la docencia cuanto que las universidades cuenten con buenos recursos en forma de laboratorios y bibliotecas donde los estudiantes de altas capacidades pudieran ir construyendo su conocimiento, mayormente por sí mismos. Es una perspectiva que desconsidera el poder de estimulación de la docencia, su función de *empowerment* de los individuos. La función de un buen profesor o profesora no es otra que la de potenciar las capacidades de sus estudiantes, ayudarles a aprender, crear situaciones donde ellos y ellas, sus estudiantes, puedan construir sus saberes. Como señalaba Ken Bain¹ (2007), los mejores profesores universitarios lo son porque tiene éxito a la hora de ayudar a sus estudiantes a aprender. Lo decía un viejo profesor americano en su fiesta de jubilación: “mi vida docente se ha centrado en ayudar a los estudiantes medianos a lograr lo que los mejores estudiantes ya eran capaces de lograr por sí mismos”.

Muchas preguntas están hoy en el candelero en relación la naturaleza y prioridad de los sistemas de orientación y apoyo a nuestros estudiantes. En Europa, la nueva filosofía que ha impregnado la construcción del Espacio Europeo de Educación Superior (EEES) ha adoptado como uno de sus ejes el de dotar de un mayor protagonismo al estudiante. Tal propósito exige hacer rotar la docencia de estar centrada en la enseñanza a estarlo en el aprendizaje (*the shift from teaching to learning*). Son palabras fáciles de decir pero ideas difíciles de poner en práctica. Suponen una fuerte transformación de la cultura universitaria vigente. ¿Estará nuestra universidad preparada para dar ese salto?, ¿seremos los profesores capaces de

¹ Bain, K. (2007). *Lo que hacen los mejores profesores universitarios*. Valencia: Servicio Publicaciones Universidad de Valencia.

entender nuestra función como la de personas expertas que ayudan a sus estudiantes a aprender?, ¿serán los estudiantes capaces de verse a sí mismos como los últimos responsables de sus aprendizajes, como constructores de un proyecto personal y profesional propio y singular?, ¿mantiene todavía la universidad esa vocación humanista de desarrollar las capacidades de los sujetos o la ha reinterpretado volcándose hacia el *training* profesional?, ¿qué espacios quedan a disposición de los estudiantes en el entramado curricular y evaluativo que se les hace atravesar durante sus años de estudio?

Una nueva sensibilidad social va abriéndose paso, también en las instituciones universitarias. Junto a la idea de un contexto de libertad (que siempre fue una de las notas de identidad del mundo universitario) precisamos, ahora, que no se marchite ese viejo principio al socaire de las múltiples crisis que en simultáneo acongojan al mundo de la educación. Llegar a la universidad fue desde siempre la mejor expresión de crecimiento personal y académico. Y así, para generaciones cada vez más amplias de jóvenes la universidad se convirtieron en un nuevo y distinto contexto de aprendizaje y crecimiento personal: aprendizaje de vida y de responsabilidades; aprendizaje de relaciones, de rutinas y gestión del tiempo, de tareas académicas, de superación de evaluaciones. Los desafíos que la universidad presenta a nuestros estudiantes han ido variando con el paso de los tiempos. Existen fuertes divergencias sobre si esos cambios han avanzado hacia una exigencia o una laxitud cada vez mayor. Depende quien lo juzgue. Lo cierto es que la universidad continua siendo un escenario de fuertes desafíos. Las experiencias de fracaso, rezago y abandono afectan a casi la mitad de los estudiantes. Carreras de 4 años se convierten en penosos calvarios que duran 6, 7 u 8 años en concluirse. Las aulas se han ido masificando y las mallas curriculares haciéndose cada vez más rígidas y complejas.

Tres acciones de gran importancia deben asumir nuestras universidades en este nuevo contexto:

- (a) reforzar la continuidad entre la enseñanza secundaria y la superior (quedarse en el sambenito de que los estudiantes llegan mal preparados a la universidad no solo no resuelve los problemas sino que los agrava al empobrecer las expectativas con que profesores y estudiantes afrontan la nueva etapa formativa);
- (b) reforzar la atención y apoyo a los estudiantes de primer año estableciendo fórmulas de adaptación a los programas universitarios y facilitando la posibilidad de trasvases entre carreras sin que ello tenga que suponer pérdidas importantes de tiempo y esfuerzo (el mayor porcentaje de fracaso se da en el primer año de las carreras);
- (c) establecer dispositivos de orientación y apoyo a los estudiantes a lo largo de sus estudios y, sobre todo, en momentos o situaciones especiales (ante dificultades persistentes en relación a algunas disciplinas; en momentos de prácticas externas y/o intercambios; en el final de las carreras y la transición al mundo del empleo).

Este último apartado de la tutoría juega un papel especial en los estudios superiores. Aprender, como resultado, es un proceso individual que cada sujeto alcanza utilizando mecanismos singulares (*quidquid recipitur ad modum recipientis*

recipitur), pero aprender, como proceso, es algo que mejora con el grupo, en el contraste entre lo que cada uno va asimilando de nuevo con lo que van asimilando los demás (*aprendizaje coral*). Y en ese contraste juegan un papel esencial tanto los compañeros de estudios como el profesorado en su función tutorial. De ahí que la nueva Pedagogía universitaria hable más del docente como acompañante y guía del aprendizaje de sus estudiantes que como fuente de información o transmisor de saberes.

Es por eso que hablamos de la tutoría como una de las competencias básicas de los docentes, de todos los docentes (Zabalza², 2003). Una competencia cuyo eje básico es la sensibilidad (Elbe³ -1988- partiendo de la idea aristotélica de “magnanimidad” lo situó en la condición de “*generosidad*” que nos debería caracterizar a los docentes), algo que Feldman⁴ (1976), en su revisión de estudios sobre calidad de la enseñanza, señaló que aparece sistemáticamente como uno de los componentes básicos en la percepción de los estudiantes sobre lo que es la enseñanza de calidad.

Y eso nos lleva a considerar, una vez más, que ser docentes es mucho más que ser enseñantes. Se ha producido un importante cambio en la misión encomendada a las instituciones y los docentes de la Educación Superior. De la transferencia de conocimientos se migra al objetivo de crear las condiciones para producir descubrimientos y construir aprendizajes (Barr y Tagg⁵, 1995). De estar centrados en nuestra disciplina y nuestras investigaciones, hemos de pasar a preocuparnos por el aprendizaje de nuestros estudiantes, por el abandono de los estudios, por los recursos didácticos que les ofrecemos, por la satisfacción de estudiantes y empleadores.

Y de ahí sale la moraleja de este número de REDU. Todo eso resulta demasiada carga para llevarla a cabo uno solo. Hoy más que nunca nos vemos en la necesidad de entender la docencia como una tarea compartida. La tarea que desempeña un equipo de docentes que desarrollan un proyecto formativo en el marco de una institución comprometida.

Todo ello nos hizo pensar en la importancia que los sistema de tutoría, orientación y apoyo a los estudiantes están llamados a tener en la nueva universidad que necesita el S.XXI. Felicitamos cordialmente a los profesores Clemente Lobato y María Celia Ilvento por el estupendo trabajo de coordinación que han realizado y esperamos que los textos que se incluyen en este número de REDU les resulten de interés.

Miguel A. Zabalza

Universidad de Santiago de Compostela (España)

Presidente de REDU. Revista de Docencia Universitaria.

² Zabalza, M.A. (2003). *Competencias docentes del profesorado universitario*. Madrid. Narcea.

³ Elbe, K.E. (1988). *The Craft of Teaching*. San Francisco. Jossey-Bass.

⁴ Feldman, K.A. (1976). The superior college's teacher from the students view. *Research in Higher Education*, 5, 243-288.

⁵ Barr, R. y Tagg, J. (1995). From teaching to learning: a new paradigm for undergraduate education. *Change*, November-December, p-3-14.

